locada tambien á su derecha y que dividiese con él su honor y su dolor.

Cuán grande y cuán sublime es este espectáculo á los ojos de la fé, que son los únicos que pueden apreciarlo! Adan y Eva pierden al pie del árbol de la ciencia el imperio que Dios les habia dado sobre todos los seres; y Jesucristo y María reciben la investidura de él en el árbol de la cruz! Adan y Eva, por haber deseado revestirse de la gloria misma de Dios, son despojados de su vestidura real de inocencia; Jesus y María, por haber renunciado á la grandeza esterior que se les debia como al Hijo y á la Madre de Dios, son revestidos de gloria y de grandeza. Gloria adquirida por la ignominia! Grandeza, fruto de dolor! El Rey de los Mártires hace reflejar tambien sobre la Reina su Madre los rayos de su misteriosa magestad, colocada en el esceso de sus oprobios y de sus padecimientos. Ella los divide con él. Ella permanece inmóvil á su derecha, revestida de la caridad que desde el corazon de su Hijo se comunica al alma de María, y la adorna con la misteriosa variedad de sus tormentos y de sus angustias. (*Vease la nota veintiocho.*)

CAPITULO XIII.

El martirio de esta magestuosa Reina no es sangriento, como el del Rey; su cruz tampoco es visible; pero, deberemos creer por esto que son para ella menos sensibles y menos dolorosos? Es necesario recordar aqui, dice á propósito del asunto que nos ocupa S. Amadeo, que hay dos especies de martirio; uno público y otro privado; uno manifiesto, y otro invisible; uno corporal y otro espiritual. Los apóstoles y los mártires sufrieron en su carne; otros han sufrido en su espíritu y son

aquellos que han esperimentado en el fondo de su alma cierta cosa mas sensible aún que los padecimientos corporales. Tal fué el martirio de Abrahan, mientras se preparaba á inmolar, segun la órden que habia recibido de Dios, lo que mas amaba en el mundo, su hijo Isaac; y este gran patriarca, cuando se disponia para dar muerte á un hijo á quien amaba mas que á su propia vida, sufrió un martirio mucho mas doloroso que cualquier tormento que hubiera podido sufrir en su cuerpo.

El martirio de María al pié del santo árbol de la cruz fué precisamente de este género, es decir todo espiritual é interior. Ella bebió alli á grandes tragos el cáliz de la amargura; ella dividió con su Hijo su pasion y su muerte; saciada y embriagada de un torrente de dolores, sufrió unas angustias tales como jamás las ha sufrido nadie, y á las que no pueden compararse ninguna otra. Los mártires, dice Guillermo, sufrieron y murieron por Jesucristo; María sufre y muere con él. Ella es la única que puede decir que dividió los sufrimientos con su Hijo, que dividió con él su martirio, y que su corazon fué desgarrado por el mismo dolor que él sufrió. Y mientras que los otros mártires fueron bañados en su propia sangre, que era una sangre humana, María fué regada con la sangre de su Hijo, que es una sangre divina. Las espadas, las hachas y los potros fueron los instrumentos que causaron los tormentos de los mártires; el instrumento que causó los padecimientos de María fué el mismo Jesucristo, cubierto de heridas, clavado en la cruz, insultado y espirando en un océano de oprobios y de dolores.

Cuanto mas amaban á Jesucristo los mártires, menos sentian el horror de los tormentos, cuyo término debia unirles á Jesucristo y ponerles en posesion de él. El amor divino que llenaba sus corazones les hacia mirar como las delicias de un agradable banquete los tormen-

tos atroces de sus cuerpos, como se espresaban S. Marcos y S. Marcelino. María por el contrario sufre tanto mas al ver sufrir á Jesus, cuanto es mayor su amor; y su martirio es tanto mas duro, cuanto que debe terminar para ella con separarla de la vista y de la compañía de Jesus. El hijo que padece es el mismo Dios á quien ella adora; y la grandeza de su amor, lejos de mitigar su dolor, como observa S. Bernardo, no hace mas que aumentarlo, irritarlo y hacerlo mas vivo y mas intenso. Qué importa que se le perdone á ella, si vé espirar en medio de atroces tormentos á un Dios que es su Hijo? Ella le ama incomparablemente mas que á sí misma. No puede por consiguiente comprenderse, no puede espresarse, dice S. Anselmo, el rigor de su martirio; porque ella fué mucho mas dolorosamente martirizada por la muerte de su Hijo, que por la muerte que ella misma hubiera podido sufrir por él.

Está escrito de David que habiendo oido la funesta noticia de la muerte de su hijo Absalon, se abandonó á una tristeza profunda, y que, llorando amargamente, hizo resonar por mucho tiempo los salones de su palacio con los acentos de su dolor, no cesando de repetir: O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio! Por qué no he muerto yo en tu lugar? Por qué me he librado yo de la muerte mientras tu la recibias? O hijo mio Absalon! Absalon hijo mio.

Pues bien, si David deseaba morir en lugar de su hijo, de aquel hijo ingrato y rebelde que habia atentado contra la corona y contra la vida de su padre, con cuánto mas ardor no desearia María recibir la muerte en lugar de su Hijo, de ese Hijo santo, inocente, fiel y lleno de amor, de ese Hijo que tiene al mismo Dios por Padre, y que él mismo es Dios? En el esceso de su justo dolor repetiria ella arrebatada por un deseo mucho mas ardiente: O Jesus Hijo mio! Hijo santo, Hijo inocente, divino Jesus mio! Supuesto que se necesitaba una

víctima, por qué no me ha sido dado serlo yo? Por qué no he sido yo crucificada en tu lugar? Por qué no te han perdonado á tí, y me han dado á mi la muerte? O hijo mio Jesus, ó Jesus mi amado Hijo.

No deben causarnos sorpresa los pensamientos enfáticos de que se valen los santos Padres, cuando quieren hablar del rigor del martirio de la tierna Madre. S. Basilio nos dice en efecto que María escedió tanto á todos los Mártires en la vehemencia de sus padecimientos, cuanto el sol escede á los demas planetas en la abundancia de su luz. S. Gerónimo, por lo mismo que el martirio de María fué interior y oculto en el fondo de su dulce alma, dice que ella debe ser considerada como mas que mártir, porque un mártir, como ya hemos dicho, tiene la alegría en su corazon, mientras que su cuerpo está en los tormentos; y María, cuyo cuerpo se libra de los tormentos, tiene el corazon atravezado y desgarrado. S. Ildefonso sostiene que si se reunieran todos los tormentos que los mártires han sufrido, podria representarse un martirio horrible y espantoso; pero que este martirio no daría ni aun una pequeña idea del de María. Finalmente S. Anselmo asegura que no solo se deben considerar como pequeños, sino que se deben contar por nada todos los padecimientos de los mártires, en comparacion de los padecimientos de María.

No puede por consiguiente imaginarse una cosa mas grande que la violencia de los tormentos de que fué víctima el tierno corazon de María.... Mas nó, no nos engañamos, dice S. Amadeo; sobre los padecimientos de María hay todavía una cosa mas grande y mas admirable, y es la fortaleza con que los sufrió. Caliz misterioso de aflicciones, mas amargo que la muerte! Sin embargo María lo acerca á sus labios con una fortaleza invencible y lo bebe hasta las heces. Una muger sostenida por la gracia pudo sufrir sola lo que todos

los hombres unidos no hubieran podido sufrir; ella triunfó de la flaqueza de su sexo. La muger venció al hombre, y se elevó por su valor sobre la humanidad entera, asi como su dolor fué superior á todo cuanto la humanidad puede sufrir.

La Historia Sagrada nos ofrece en la valiente madre de los Macabeos una figura y una profecía al mismo tiempo de la fortaleza milagrosa y sobrenatural de la Madre de Dios. Ella vé con sus propios ojos á sus siete hijos á quienes amaba tiernamente y aun mas que á sí misma, sufrir uno despues de otro los tormentos mas crueles y la muerte mas atroz; porque les cortaron las estremidades de los pies y de las manos, les cortaron la lengua, les arrancaron cruelmente la piel de la cabeza con los cabellos, les tostaron el cuerpo en calderas ardiendo; y así mutilados, acabaron en el fuego y entregaron su espíritu en medio de los tormentos mas crueles. Ni la Historia Sagrada ni la profana ofrecen un ejemplo igual de barbarie. Jamás los ojos de una madre fueron afligidos por un espectáculo mas cruel; jamás el corazon de una madre fué traspasado por un dolor mas vivo. No debe pues llamarse á esta muger magnánima, dice S. Agustin, mártir una sola vez, pues que en seguida de sus hijos confesó ella misma la religion y la ley de Dios enmedio de los tormentos, y coronó una vida santa con un martirio glorioso; sino que se debe llamar siete veces mártir, porque el martirio de cada uno de sus amados hijos fué para ella un martirio nuevo y distinto. Como ella los amaba á todos, fué atormentada en cada uno de ellos antes de serlo en su propia persona. Todos sus dolores, todos sus tormentos se le hicieron personales, y el amor maternal repetia cada vez en su corazon la horrible carnicería que veía hacer en cada uno de sus hijos. Muger admirable sobre toda espresion, como dice el testo sagrado. Madre verdaderamente estraordinaria, heroica y digna del homenage y de la veneracion de todas las almas generosas y piadosas, que tuvo el valor y la fortaleza de ver con ojos enjutos, con rostro sereno y con el alma, no solo tranquila sino alegre, la matanza cruel de sus siete hijos en un mismo dia. Y bien lejos de quejarse al ver á sus hijos privados de la vida uno despues de otro, del modo mas bárbaro, su espíritu se regocijaba; hecha superior á sí misma, llena de una sabiduría divina y de una fuerza celestial, y manifestando sentimientos nobles y un vigor enérgico, exhorta á cada uno de ellos con una atencion especial á sufrir religiosamente y á morir con valor. Ved con cuanta ternura y con cuanta fuerza se dirige su maternal elocuencia al mas jóven, al mas débil de sus hijos; ved como le ruega y le conjura, le insta y le persuade: Hijo mio, le dice, amado y tierno Hijo mio, ten piedad de esta viuda tu madre! Acuérdate, hijo mio de que te he llevado en mi seno, de que te he alimentado con mi leche; acuérdate de los cuidados y de las penas que me ha costado criarte y hacerte llegar á la edad que tienes. Mas, qué quiere, qué pide esta madre desolada con una súplica tan tierna? Es quizá que este último hijo le evite el dolor de verle morir, rindiéndose á las sacrílegas sugestiones del tirano? El tirano lo cree asi y se atreve á lisonjearse de ello, y por esta causa recurre á la mediacion de la madre, para hacer caer al hijo en la apostasía.

Mas esta madre heroica teme mucho mas por la fé de este último hijo que le queda, que por su vida; ella teme mas la apostasía que puede corromper la inocencia de su alma, que los tormentos que van á desgarrar su delicado cuerpo. En ella está la Religion mas alarmada que la naturaleza. Lo que ella teme no es el furor del tirano, sino la flaqueza de la edad de este hijo que podria hacerle vacilar; por esta razon le invita con lágrimas y con las espresiones de un amor tan tier-

no á seguir el ejemplo de sus generosos hermanos y á morir mártir, antes que vivir impío; á temer á Dios y á despreciar los verdugos.

Pero, dónde ha adquirido esta generosa madre tal grandeza de alma? Quién ha podido inspirar á una muger, á una madre un valor tan estraordinario? La esperanza firme é incontrastable, dice la Escritura, que ella habia puesto en Dios de los felices resultados que estas palabras habian de producir, no solo en sus hijos que eran las víctimas, sino tambien en todo el pueblo que recogeria el fruto de ellas. Por esta causa el último de sus hijos decia al morir: Yo muero gustoso para hacer á Dios propicio á mi pueblo. Yo estoy cierto de que mi muerte y la de mis hermanos tendrá una fuerza de espiacion en presencia del Dios todopoderoso. Nosotros somos unas víctimas por las que será satisfecho y apaciguado su justo furor contra nuestra nacion.

Y quièn no vé en este ejemplo de sublime fortaleza, de generosidad estraordinaria y de una piedad profunda, dado por la invencible madre de los Macabeos, la figura sensible de un valor mucho mas noble, de una generosidad todavia mas estraordinaria y de una piedad mucho mas perfecta, cuyo ejemplo dió la Madre de Jesucristo en el Calvario? Es cierto que la primera vé á sus siete hijos inmolados en su presencia, y que María no vé mas que á uno solo; pero este Hijo único de María, no solo vale mas que los siete Macabeos, sino que vale infinitamente mas que todos los hijos de los hombres reunidos, supuesto que es tambien Hijo de Dios. María pues le tenia un amor mayor que el amor reunido de todas las madres á sus hijos; por consiguiente, como ya le hemos hecho notar segun la doctrina de los Padres, su corazon fué mas dolorosamente atormentado por la vista del suplicio cruel de su Hijo único, que el corazon de todas las madres que han sido

espectadoras de los padecimientos y de la muerte de sus hijos. Si la madre de los Macabeos es siete veces mártir, porque vió morir á sus siete hijos, María es infinitas veces mártir, porque vió morir á un Hijo que vale tanto como una infinidad de hijos.

Por lo demas, la figura tiene puntos de semejanza bastante claros con el objeto figurado. El dolor se renovó siete veces en el alma de la madre de los Macabeos, por causa de sus siete hijos; y el dolor se renovó otras siete veces de una manera especial en el alma de María por causa de Jesucristo su Hijo único; y si la primera fué martirizada siete veces, la segunda fué atravesada otras siete veces por la espada del dolor. La madre de los Macabeos piensa menos en la cruel catástrofe que la priva de todos sus hijos á la vez, que en la indignidad de Dios, provocada por las prevaricaciones de Israel, y que vá á ser apaciguada, satisfecha y alejada de su nacion por el sacrificio de esta santa y generosa familia; y el pensamiento de la salvacion de su pueblo le hace sufrir este espectáculo con tanta tranquilidad. María piensa menos en el acontecimiento doloroso que la priva de su Hijo único, como observa S. Ambrosio, que en la cólera de Dios, inflamada por las prevaricaciones de los hombres, y que vá á ser aplacada por la inmolacion de su Hijo; este pensamiento de la redencion del mundo le hace sufrir con tanto valor la vista de las llagas de Jesucristo. La madre de los Macabeos, lejos de quejarse de ver que sus hijos están destinados á ser de víctimas espiatorias para un objeto tan noble, desea ardientemente, y llama con la mayor alegria el momento en que ha de consumar esta grande espiacion con el sacrificio de su propia vida; ella se adelanta al furor del tirano y lo provoca; ella no está satisfecha hasta tanto que sea sacrificada tambien como sus hijos. María, dice S. Ambrosio, lejos de quejarse de ver que su Hijo, la santidad y la inocencia, misma,

es sacrificado por un mundo culpable, quisiera tambien sacrificarse ella misma con él; por esta razon, dice el mismo S. Ambrosio, procura escitar contra sí la rabia de los verdugos de Jesucristo, y se ofrece á su furor. Finalmente la madre de los Macabeos, dice San Agustin, se hace mas fecunda al entregar sus hijos á la muerte, que cuando les dió la vida, porque se hace espiritualmente como la madre de su pueblo, al que confirma en la verdadera Religion con el ejemplo de su heróica virtud. María igualmente se hace una madre mas fecunda cuando pierde á su Hijo con dolor, que cuando lo concibió con alegría; pues por un Hijo de que se priva, adquiere una multitud de hijos. Ella entrega á Jesus á la cruz, y en él y con él, se hace madre de todos los cristianos. Dolores fértiles, padecimientos verdaderamente fecundos de la Madre de Dios! Herida de su tierno corazon verdaderamente preciosa para nosotros! Nosotros hemos sido engendrados en este corazon por sus sufrimientos, como Jesucristo fué engendrado con su sangre en su seno purísimo. Este seno fué el tabernáculo del Hijo de Dios; este corazon es el arca de salvacion de los hijos de los hombres. (*Vease la nota veintinueve.*)

CAPITULO XIV.

Dos cosas muy distintas hubo en la catástrofe ocurrida en Eden, el pecado que Adan cometió, y el castigo en que por él incurrió; la culpa y la pena.

Materialmente no hubo mas que un pecado; pero moralmente, este pecado fué completo; fué un semillero de pecados; porque de parte del hombre hubo *rebelion manifiesta, y desobediencia* al precepto de Dios;

hubo *orgullo, y orgullo* diabólico, en querer hacerse semejante á Dios; hubo *incredulidad*, en otorgar su confianza al demonio que prometia la divinidad, y en retirarla de Dios que amenazaba con la muerte; hubo *impiedad*, en creer que Dios mentia, y que solo habia prohibido comer el fruto misterioso para no encontrar un rival en Adan, y no para evitar que se hiciera culpable. Hubo finalmente un pecado de *sensualidad*, al preferir satisfacer la vista y el paladar, mas bien que respetar el precepto divino.

Habiendo sido múltiple el pecado, lo fué tambien el castigo. Los dos culpables, Adan y Eva fueron despojados al momento de su inocencia original y de la gracia santificante; ellos perdieron el imperio que tenian sobre su propia carne y sobre sus pasiones; desde aquel instante sintieron en sí una guerra interior que les hizo avergonzarse de sí mismos; finalmente incurrieron en la muerte del cuerpo, y en la muerte todavía mas funesta del alma, en la enemistad de Dios y en la condenacion eterna.

Pero ademas de estos castigos que fueron comunes á los dos, cada uno de ellos incurrió en otros que fueron propios y peculiares de su sexo. El hombre fué condenado particularmente á cultivar una tierra, que se habia hecho por su pecado maldita é ingrata, estéril en frutos y fecunda en espinas y abrojos, y alimentarse del fruto de su trabajo y de sus sudores. La muger fué condenada á una sujecion absoluta, á una perfecta dependencia de su marido, á concebir en la ignominia los hijos que habia de dar al mundo con dolor.

El hijo de Dios, el Adan verdadero, el nuevo Adan, habiéndose colocado, por un esceso de misericordia en el lugar del primer Adan, para curar sus males y reparar sus pérdidas, quiso no solo espiar la culpa, sino tambien incurrir voluntariamente en la pena y sufrirla. Para espiar el pecado, se hace obediente, se humilla